



**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**

**Cantos del Tundama. Los mensajes de resistencia en  
la carranga y la canción social en Duitama, Boyacá**

Autor(es)

Jeffer Camilo Correa Ramírez

Juliana Orrego Bernal

Universidad de Antioquia

Facultad de Comunicaciones, Pregrado de Periodismo

Medellín, Colombia

2019



Cantos del Tundama. Los mensajes de resistencia en la carranga y la canción social en  
Duitama, Boyacá

**Jeffer Camilo Correa Ramírez**

**Juliana Orrego Bernal**

Tesis o trabajo de investigación presentada(o) como requisito parcial para optar al título de:  
**Periodista**

Asesores (a):

Natalia Andrea Cardona Berrío

Magíster en Psicología

Línea de Investigación:

Investigación Cualitativa

Universidad de Antioquia

Facultad de Comunicaciones, Pregrado de Periodismo

Medellín, Colombia

2019.

## **Canta Duitama querida**

**Jeffer Camilo Correa Ramírez**

Tierra florida de Duitama  
Donde la patria es fruto y paz  
Tierra que cree, tierra que clama,  
En ti palpita con su llama,  
El corazón de Boyacá.

(Himno Duitama)

Duitama, la Capital Cívica, la Perla de Boyacá, mi hogar. Duitama es la segunda ciudad más grande del departamento de Boyacá, ha sido reconocida por ser el puerto transportador terrestre más importante del oriente colombiano, también ha sido conocida como la capital cívica de Boyacá y como uno de los municipios con mejores niveles de educación en el departamento.

Mi nombre es Jeffer Camilo Correa Ramírez, me crié recorriendo de lado a lado sus calles, sus cafés y sobre todo sus espacios musicales. Para mí, Duitama fue siempre una ciudad tranquila, demasiado tranquila en ocasiones, una ciudad que parecía atrapada en el tiempo, donde podía vivir lo que yo llamaría una maravillosa monotonía. Su centro estaba decorado por esas fachadas antiguas de casas que pocos pueblos aún mantienen. Su ambiente era apacible, podía pasar por el centro en las horas de mayor ajetreo y aun así no verme agobiado por el incesante ruido que tienen las ciudades.

No habían grandes cambios, la noticia más sorprendente era el darse cuenta de que la cartelera del teatro Suarez había cambiado su programación, ver que ya no estaban proyectando las películas del año pasado, solo las de hace tres meses. Recuerdo también ese sentimiento de conocer a todas las personas de la ciudad, aunque nunca hubiera hablado con ellas, simplemente al ver su rostro sentía que los había visto antes, los había visto en el barrio, en la plaza, no sabía dónde, pero los había visto antes.

La mayor parte de mi vida transcurrió en esta pequeña ciudad que, aunque para mí es la más maravillosa del país, en realidad no es muy nombrada. Entiendo que para muchos jóvenes esta fuera una ciudad aburrida, que su mayor anhelo fuera salir del colegio y poder viajar a Bogotá, poder vivir en los centros comerciales, salir a los grandes parques, poder vivir las dinámicas de la gran ciudad, no sentirse atrapados en un lugar donde “no pasa nada”. Yo, por el contrario, vivía encantado desde niño, encantado por salir los domingos a comer un helado en el parque del Carmen junto a mi familia y poder mojarme mientras corría alrededor de la fuente principal. No podía aguantar la emoción cuando salía al Parque Bolívar para hacer un asado junto a mi familia y montar bicicleta en aquel maravilloso lugar que simulaba ser una ciudad en miniatura para los niños mucho antes de la llegada de Divercity.

En mi juventud descubrí que otras de las maravillas de la ciudad eran sus cafés, de todos los estilos y para todos los gustos. Recorrí todos estos espacios junto a mis amigos pues me encantaba el ambiente que se vivía en estos lugares, donde la gente se sentaba a contar sus

anécdotas, o, como era normal, iban a cerrar los tratos, porque en esta ciudad sin un café de por medio no había negociación que valiera. Recuerdo a su vez sentarme en la Plaza de los Libertadores, donde simplemente me dedicaba a ver a la gente pasar, como lo hacían el gran número de pensionados que se habían tomado el parque principal. Estas cosas eran lo que más me encantaba de la ciudad, era una ciudad hecha para la tranquilidad, de cierta manera una ciudad hecha para viejitos, y yo era un joven viejito muy feliz disfrutando de su monotonía.

Pero como toda ciudad en crecimiento, empezó a cambiar. Con la llegada del primer gran centro comercial, se empezaron a abandonar los parques y los helados artesanales por el plan de ir a ver películas en el cine que sí tenía las últimas novedades, incluso en ocasiones el plan podía ser solo sentarse, pero ya no en los lugares verdes que abundan en la ciudad, ahora solo se reunían tras grandes paredes del centro comercial simplemente porque era el plan de moda.

El centro de la ciudad también empezó a cambiar, sus antiguas construcciones empezaron a ser demolidas y cambiadas por estructuras modernas que hacían ver al centro como el de cualquier otra ciudad; sus calles, que no habían sido planeadas para una gran población, se veían ahora estancadas por la gran cantidad de personas que se estaban mudando a la ciudad. Así, poco a poco, esta ciudad se fue renovando, cambiando para gusto de una gran parte de su población, pero a mis ojos iba perdiendo su encanto.

Para mi fortuna, aun con tantos cambios, aun creciendo tanto hasta el punto en que ya no soy capaz de reconocer casi ningún rostro que veo en el centro, Duitama sigue sin perder sus tradiciones. Sobre todo sigue sin perder lo que, para mí, es lo más valioso que tiene la ciudad: su música.

Desde que era pequeño estuve muy relacionado con la música. Soy nieto de un músico, hijo de otro músico, sobrino de varios músicos y conocido aún de muchísimos más músicos, pasé parte de mis primeros años de vida durmiendo en los estuches de los equipos de sonido que llevaba mi papá a las mini tecas, crecí aprendiendo danzas junto a mi tía, bailando al son de la música típica del país, viajaba de un lado a otro escuchando junto a mis abuelos todo tipo de boleros, incluso cuando tenía que hacer aseo en mi casa, lo más común es que acompañara esta tarea con son cubano o incluso carranga.

Como era de esperar mi familia intentó, desde que era muy pequeño, que me metiera a este mundo de la música. Toqué violín, aprendí guitarra, toqué tuba e incursioné, incluso, en la batería; no me quedé finalmente con ninguna, pero gracias a este amplio recorrido pude ser espectador directo de la inmensa cultura musical que hay en Duitama.

El primer instrumento al que me acerqué fue a la guitarra, y cómo no iba a ser así, si mi padre es un guitarrista que lleva el sabor del son cubano, uno de mis tíos es un guitarrista clásico que llegó a tocar con la orquesta filarmónica de Bogotá; y sobre todo si mi abuelo, el gran maestro del que aprendieron ellos, lleva más de 25 años interpretando los más hermosos boleros que he escuchado en mi vida.

Siempre sentí una gran atracción y fascinación por la guitarra, por ese instrumento que se convierte en un miembro más de la familia después de un tiempo; cada vez que me quedaba solo en casa, aprovechaba para tomar cualquiera de las guitarras que estuvieran a la mano y practicaba a escondidas de todos con este maravilloso instrumento. Muchas veces me soñé en un escenario tocando junto a mi abuelo, cantando con mi padre o incluso usándola solo como una herramienta para conquistar corazones; pero nunca fui un estudiante ejemplar, mi abuelo intentó llevarme a las clases que él dictaba en el colegio Guillermo León Valencia y, aunque los ejercicios se me hacían bastante sencillos, creo que se debía a que mi familia ya lleva las guitarras en la sangre. No era muy juicioso y finalmente terminé dejándola.

Sí, dejé la guitarra de lado porque no quería aprender, tal vez porque siempre quise salir de la amplia sombra que tenía mi familia, porque no quería ser otro guitarrista más; porque, más que interpretar, prefería estar entre el público escuchando, ya fuera desde las primeras sillas de un teatro, o en el segundo piso de mi casa mientras mi abuelo ensayaba.

Él, José del Carmen Correa, junto con los maestros Luis Alberto Ruge y Sofonías Sánchez, crearon el trío Embajadores del Tundama, cuando aún vivía con mis abuelos, recuerdo cuando tocaban la puerta asomarme velozmente a la ventana para gritar a todo pulmón “¡abuelito, ya llegaron don Fosonías y el maestro que ruge!”. Ellos entraban a la casa, me saludaban con una afectuosa sonrisa y se sentaban para tomar sus instrumentos y empezar la práctica de su repertorio; mientras tanto, yo me sentaba en las escaleras para escuchar la serenata.

Duitama es, a mi parecer, una de las pocas ciudades donde estos grupos de boleros todavía tienen un gran espacio, no solo en las plazas y los eventos culturales, sino en la cotidianidad y el corazón de los duitamenses. A mi abuelo todavía a sus 65 años lo siguen contratando para una gran cantidad de serenatas en la ciudad, y es que la gente de allá no se cansa de esa música que les recuerda a algunos su juventud, a otros sus padres o abuelos. Por eso no es raro ver cuando hay una presentación grande que la plaza se llene de gente con grandes sonrisas y lágrimas en los ojos.

Mi abuelo José Correa y su grupo los Embajadores del Tundama han interpretado con orgullo las canciones más típicas del folclor colombiano, y no solo ellos. En Duitama han surgido grandes intérpretes como los hermanos Zabala y Barrera y el Terzzeto vocal; todas estas, agrupaciones que todavía guardan la memoria musical de nuestro país. Además de estas agrupaciones, Duitama también posee espacios culturales que buscan rescatar esta música tradicional; el principal podría ser la Semana de la Cultura Bolivariana, durante la cual la ciudad se llena de eventos culturales, en los que, durante todo el día, se pueden escuchar a los artistas locales y muchos otros invitados interpretar las piezas más bellas que tiene la música andina.

El segundo instrumento al que me acerqué fue la tuba. En realidad no fue un instrumento con el que haya compartido mucho, no recuerdo mucho de su interpretación, pero fue una pieza importante para mí porque fue gracias a este instrumento que me acerqué por primera vez a la Casa de la Cultura y Bellas Artes de Duitama, Culturama.

Culturama es la entidad encargada de realizar la mayoría de eventos culturales que se presentan en la ciudad, además es la escuela de música y artes más importante, cuya labor no se queda únicamente en recibir a todos los interesados en aprender distintas disciplinas artísticas en sus aulas sino que, a su vez, se concentra en llevar estas enseñanzas a los diferentes barrios y veredas, realizando cursos en estos lugares. En este lugar enseñan de todo: música, danzas, pintura, teatro; pero me atrevería a decir que una de las consentidas es la banda sinfónica. En esta banda se reúnen más de 200 jóvenes que, por medio de diferentes instrumentos, interpretan repertorios variados, pasando de la música clásica a ritmos como los torbellinos, bambucos y demás géneros representativos de Colombia.

Esta banda es la más grande de la ciudad, pero no la única, las bandas marciales son elementos característicos de gran importancia en la mayoría de los colegios públicos, es usual ver sus shows en los desfiles y comparsas que se realizan en los diferentes escenarios de Duitama. Además de esto, algunas de las bandas han sido reconocidas a nivel internacional como en el caso de la banda Show Latinpre que es reconocida como la segunda mejor banda a nivel suramericano.

Aunque este mundo de las bandas es vasto y de gran notoriedad en la ciudad, la verdad es que nunca me sentí ligado a ellos, por lo que mi tiempo con la tuba fue muy corto. Sin embargo, mi familia continuó con su esfuerzo para que yo continuara la tradición musical, y decidieron inscribirme a cursos de violín dentro de las mismas instalaciones de Culturama.

El violín fue el instrumento al que más tiempo le invertí, con el único en el que participé en eventos en la ciudad, ya no como público sino como un intérprete, sintiendo los nervios de estar en el escenario y la alegría que deben sentir todos los músicos al recibir los aplausos del público. He de aceptar que cuando me acerqué a este instrumento lo hice con la intención de interpretar mis canciones favoritas de rock, quería llegar al punto en que pudiera interpretar la *Fiesta pagana* o *Molinos de viento*, de Mago de Oz. No llegué si quiera a intentarlo, pero sí practiqué, en gran medida, la música colombiana; a tal punto que estoy seguro de que si vuelvo a toparme con un violín, con un poco de práctica podría volver a tocar las tonadas del *ay, sí, sí*.

Pero, ¿qué fue lo que aprendí con mi paso por el violín? Bueno, gracias a mis abuelos siempre tuve comodidades, la posibilidad de tener un instrumento si así lo quería, la posibilidad de tener un maestro propio si eso me ayudaba a aprender más rápido, pero este es un privilegio que pocos pueden tener.

Recuerdo el primer día que llegué a mis clases de violín, un salón repleto de niños gritando, corriendo de un lado para otro; tuve la tentación de salir corriendo de allí, no conocía a nadie y era demasiado tímido como para querer formar parte de tanta euforia. Sin embargo, todo era totalmente diferente cuando llegaba el maestro, pude ver que todos los que estaban allí tenían muchas más ganas que yo de aprender a tocar un instrumento.

Fue uno de los instrumentos que más disfrute tocar, pero, aunque podía leer las partituras como ningún otro y podía detectar una nota desafinada fácilmente gracias al oído musical que ya había formado en esa época, siempre tuve grandes problemas al momento de tocar el

instrumento como tal. Mi oído era demasiado sensible y no podía fallar una nota porque ya sentía cómo se me destemplaban los dientes, a tal grado de querer soltar ahí mismo el instrumento. Además, como me había dedicado al patinaje durante muchos años, la técnica del braceo de patinaje y el movimiento del arco en el violín se entrecruzaban en mi cerebro, haciendo que no fuera capaz de hacer una buena técnica en el violín.

Lo intenté y lo intenté, incluso me compraron mi propio violín para que me fuera más sencillo practicar en casa, hasta que finalmente desistí como ya lo había hecho con mis anteriores instrumentos. Pero este paso por Culturama me permitió ser testigo de la importancia que le se le dan a las artes en Duitama; aunque no pude ser violinista y no pude tocar las canciones de rock que quería, sí pude apreciar cómo muchos niños asistían con alegría a sus cursos. Pero no solo eso: si sus ganas de aprender eran aún más grandes, siempre tenían la posibilidad de prestar los instrumentos sin mayor complicación. Allí pude ver la dedicación de muchos jóvenes que posiblemente sí tuvieran el sueño de convertirse en músicos, y que podían seguir sus estudios acompañados de grandes maestros a los que se les notaba su vocación, sus ganas de atraer cada vez más a los jóvenes al mundo de la música; aunque es un mundo complicado, es muy valioso.

Renuncié durante un gran tiempo a aprender a tocar cualquier instrumento, ya sinceramente no sabía con qué más intentar, decidí simplemente aceptar que solo quería escuchar música, no interpretarla. En estos momentos ya no era un niño, era un joven, un joven extraño cuyo mp3 podía dar un salto agigantado de una canción electrónica a un bolero, y de alguna canción de rock a la carranga. Para todo el mundo, era un bicho raro; para mí, era raro el mundo.

Yo crecí escuchando carranga, crecí escuchando a Jorge Velosa, crecí escuchando la guitarra y el sabor del requinto, mis canciones favoritas eran *La gallina mellizera*, *La cucharita* y sobre todo “boyaquito sigo siendo, boyaco de Boyacá, boyacense dicen otros pero a mí me gusta más, decir que soy un boyaco, y que soy de la tierrita por mil motivos que siguen palpitándome de cerquita”. Sin embargo aunque yo crecí con estas raíces y aun cuando joven escuchaba esta música con orgullo y me sentía alegre de ser boyacense, me di cuenta en el colegio que este no era un sentimiento generalizado en la juventud. Muchos de mis compañeros no vivían con ese orgullo de sus raíces, simplemente vivían con el sueño de algún día alejarse de la ciudad e irse a vivir a la capital. En ese momento empecé a comprender en mayor medida los mensajes que tenían las canciones de Velosa, que mostraban como cada vez más nos separábamos de nuestras raíces para apropiarnos de una cultura diferente.

Como ya lo dije, desde muy niño estaba acostumbrado a asistir a cuanto evento musical hubiera en la ciudad, disfrutaba estos eventos, disfrutaba la música que se interpretaba en ellos, disfrutaba estar rodeado de gente que también valoraba estos espacios. Con el tiempo fui dándome cuenta de que a estos eventos asistían las mismas personas, era fácil reconocerlas entre el público; al llegar era una interminable cadena de saludos, de “cómo estás de grande”, siempre con las mismas personas, en todo evento. Eran muy pocas las personas que cuando niño podía decir que nunca los había visto. Creo que esto tenía que ver,

con que a las personas jóvenes de la ciudad en realidad nunca les interesaron esos eventos, eran muy pocos los que uno veía asomarse por esos lados, donde no se estaba escuchando la música de moda sino únicamente la música “anticuada”. Es por esto que cuando había festivales de música o cualquier encuentro, por más que le insistiera a mis amigos terminaba yendo solo, pues la única forma de que ellos escucharan esta música “diferente” era llevándola hasta ellos.

Afortunadamente mucha gente en la ciudad trata de hacer eso, trata de llevar la música a los jóvenes. Así pude presenciarlo mientras estaba cursando noveno, cuando pude asistir por primera vez a un encuentro de canción social, encuentro que se realizó por coincidencia en mi colegio, el San José de Calasanz. Fue en ese auditorio repleto de jóvenes, que estaban más pendientes de sus celulares y de qué iban a hacer al salir que de los mensajes que daban los músicos en este encuentro realizado en conmemoración al asesinato de Facundo Cabral. Allí nacía, entre hermosos cantos, cientos de voces y melodías, el Sinsonte.

El Sinsonte fue el primer encuentro de canción social que se realizó en el país. Así como su hermano, el Festival de música andina colombiana, Cacique Tundama, Duitama innovaba nuevamente en el mundo de la música. Este encuentro, que contaba en un principio únicamente con músicos de la ciudad y de partes aledañas, fue creciendo poco a poco hasta convertirse en lo que es hoy: un encuentro con reconocimiento e invitados a nivel internacional, un precedente de la música social en Colombia. Este es un espacio crítico donde, a través de diversas melodías, los diferentes cantautores tratan de plasmar en la ciudad un mensaje, de crear en las personas un pensamiento crítico que les abra los ojos para que sean conscientes de lo que pasa a su alrededor. Este encuentro, a diferencia de la mayoría de la música comercial moderna, no le canta al sexo y al dinero; en este encuentro se canta a la injusticia, a la guerra, a la desigualdad. Los artistas que allí participan cantan para recordar y recuerdan para no repetir.

No sé en realidad si a algún otro de mis compañeros del colegio les llegó el mensaje, pero al menos en mi caso El Sinsonte cumplió con su propósito. Desde ese día comencé a acercarme cada vez más a la música social, a comprender sus mensajes, y no solo los de esta música en particular, sino que a su vez pude ser consciente que detrás de esa música que escuchaba cuando era joven, esa música colombiana que solo me gustaba por su ritmo, había también escondidos valiosos mensajes; eso me hizo amar aún más nuestra música autóctona.

Y es que gran parte de la música colombiana puede ser catalogada como canción social, porque es música con un propósito, con contenido, con un objetivo social; como es en el caso de la carranga enaltecer el campo y a los campesinos, borrar los estereotipos negativos que existen sobre estos y hacer que la gente los vea con orgullo y respeto. Un claro ejemplo de esto se puede apreciar en la letra de la canción *Buenos días campesino* “buenos días campesino y campesina, florecitas que llevo en mi corazón, con orgullo, con cariño y con respeto, porque me lo han dado todo, porque me lo han dado todo, para volverme canción”.

Que música tan bella es esta música de mi tierra, esta música alegre que busca hacer bailar los corazones, una música que, si le quitas su ritmo rumbero, su letra se convierte en poesía. Cuando me di a la tarea de prestarle realmente atención a la palabras de los carrangueros me

di cuenta de que durante mucho tiempo había ignorado los valiosos mensajes que esta música contiene; no solo mensajes sobre la naturaleza, también mensajes sociales muy fuertes, que tratan de enseñarle a la gente a comportarse de una manera más amable y fraterna, e incluso en algunos casos mensajes que buscan protestar en nombre de los campesinos como se evidencia en *El campesino embejucao*.

Mi pensamiento crítico frente a la música fue aumentando con mi paso por la emisora comunitaria Señal Duitama; en este lugar fui partícipe del programa radial del colegio Calasanz, en el que hablábamos de autores famosos, poetas y literatos, acompañado la mayoría del tiempo por canciones sociales. Investigando y escuchando me fui empapando cada vez más de la música con significado, esto me llevó a asistir cada que era posible al encuentro del Sinsonte donde pude conocer a músicos de la ciudad, quienes con esta música han realizado varias labores sociales y buscan compartir diversos mensajes que van desde la defensa de la vida, pasando por la importancia de la naturaleza hasta la necesidad de crear un pensamiento político en la gente.

Pero con el Sinsonte sucede lo mismo que con los demás espacios musicales de la ciudad, siempre asisten las mismas personas. El público termina siendo el mismo y, aunque eso genera un sentimiento de cercanía, siento que su importancia dentro de la ciudad, como la de la gran mayoría de espacios de la música, se pierde. Sobre todo cuando el público joven ve estos eventos como un plan para cuando no hay nada más que hacer.

Cuando tuve que partir de mi tierra debido a mis estudios, el principal temor que tenía era que al volver no reconociera nada, que al caminar por las calles de Duitama no me sintiera como en casa. Pero al volver allí con el ánimo de resaltar los mensajes de las canciones que tanto me marcaron cuando joven, me encontré con la grata sorpresa de que, aunque crece lentamente, la música no tiende a desaparecer, por el contrario cada vez va creciendo más; todo gracias al esfuerzo de los mismos intérpretes, que son los que se encargan de hacer todo lo posible, no solo para que se sigan fortaleciendo los diferentes espacios, sino que, a su vez, nazcan nuevos eventos que puedan atraer a estas personas que pasan por la ciudad sin ser conscientes de lo que se vive en ella. Por más que lo intentes, no puedes escapar de la música en Duitama, si no vas a los eventos, los eventos van hacia ti, los músicos van a los barrios y veredas, las clases buscan a sus alumnos; incluso sus cafés tienen como acompañante, la mayoría del tiempo, piezas musicales diferentes, algunos incluso como es el caso del café El Jarro, que se convierte en un escenario más para que los cantautores puedan compartir sus mensajes con el público joven.

El Sinsonte ha empezado a dar a conocer a sus nuevas voces jóvenes, muchachos a los que el mensaje crítico de la canción social los ha impulsado a seguir con este legado musical tan importante en la ciudad. A su vez, el Cacique Tundama atrae cada vez más a nuevos artistas que buscan ser reconocidos como futuras promesas de los ritmos andinos y ven a Duitama como la ciudad por la que hay que pasar para lograr ese objetivo.

Personalmente creo que es por este amplio panorama cultural que hay en la ciudad, que Duitama ha sido catalogada como las una de las ciudades más educadas del país, como fue en el año 2017 cuando fue la ciudad con los mejores resultados en los exámenes Icfes.

Aunque para la gente pase desapercibido la mayoría del tiempo, la verdad es que la ciudad los bombardea con mensajes culturales que se esconden dentro de la música que recorre diariamente sus calles y sus plazas.

Aún falta que la gente se concientice de lo que tiene su ciudad, que sepan que si buscan, fácilmente encontrarán un evento de su interés, que no es difícil hallar un músico con mensaje que está esperando ser escuchado, y me alegra saber que aún hay gente que se esfuerza por que en Duitama la música y la cultura crezcan cada vez más. Porque, aunque sobrevivir de la música no es fácil, y menos en una ciudad pequeña, ellos siguen resistiendo, siguen compartiendo su música así sea con las mismas personas de siempre, con la misma enorme familia musical que vive en esta ciudad, con el anhelo de que cada vez más gente vea lo que tiene, que cada vez más gente se dé cuenta que Duitama no es una ciudad como cualquiera, es posiblemente la ciudad más musical del país.

Resuena tu nombre

Sol de libertad

Que linda tu gente

Que anhela y que da

Que quiere la vida

Que trabaja unida

Que enfrenta los días

Sin dar paso atrás

Que habita en sus sueños

Que enseña a soñar

(Canción a mi barrio – Mario Rincón)